

**"Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Rom 10:17)**

Siempre que las palabras: *Así que*, aparecen como inicio de una afirmación es que sin duda se nos está comunicando una conclusión respecto a un tema central; pero algo que se supone que debe haberse dado en nuestro entendimiento es que toda la exposición previa ha sido asimilada para poder estar de acuerdo con los detalles posteriores. Versículos como este son muy memorizados y usados, pero en mucho sacados del contexto de la intención del autor, en este caso Pablo, aunque debiéramos decir del Espíritu Santo; todo esto por no poner atención a los razonamientos y palabras alrededor, y aún más por no inquirir desde el corazón al dador de la palabra para que sea él quien nos abra el entendimiento y así no caigamos en especulaciones intelectuales.

Podríamos parafrasear este verso diciendo: *no se puede creer si no se oye, pero creer para salvación sólo oyendo la palabra de Dios*. Es decir, que podemos afirmar con certeza que *la salvación de Dios se manifiesta cuando hay una voz que habla su verdad y un oído que la cree*. Esta afirmación que hace el apóstol se genera de dos palabras muy conocidas y repetidas, pero muy poco aquilatadas, dos verbos: *Invocar y salvar*; él asevera que el primer verbo da lugar al segundo diciendo: *porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo* (Rom 10:13). Todo aquel quiere decir que no hay distinción de personas (Rom 10:12), dicho de otro modo, quien quiera que sea que invoque al Señor, alcanzará salvación; cualquiera pudiera decir "pues qué fácil está la salvación". Es lo que parece si no ponemos atención a lo que sigue diciendo: *¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?* (Rom 10:14). Aquí ya empezamos a ver el tuétano del asunto, y para entenderlo mejor veamos lo que dice el salmista: *Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras* (Sal 145:18); esto quiere decir que no todas las invocaciones tienen eco; la invocación no es un *abracadabra*, ella tiene que fluir de un corazón que de veras cree, uno que sabe que no tiene que andar buscando la palabra fuera de sí mismo; por eso es que dice Pablo: *Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón* (Rom 10:8). El punto es que para que la fe de salvación se manifieste es necesario oír, pero oír la palabra de Dios, y para esto a su vez es necesario que haya quien la predique; pero aún más, detrás de todo predicador debe haber alguien que lo envíe, no puede ser otro sino El Padre; Cristo mismo, en la manifestación del Espíritu Santo. Lo hizo desde el principio enviando a sus profetas; a Isaías se lo manifestó en forma retórica diciéndole: *¿A quién enviaré...?* (Is 6:8); Jesús lo hizo con sus apóstoles: *A estos doce envió Jesús* (Mt 10:5); luego los apóstoles enviaron a otros, y así tendrá que ser hasta que el Señor venga; el objetivo siempre será el mismo: Ofrecer la salvación eterna a los hombres; pero hoy, más que en otros tiempos, además de que muchos se adjudican llamamientos, éstos están ofertando salvación pero en cuestiones de la economía, de la salud, de la inseguridad y en tantas cosas que resulten atractivas y de interés para esta vida temporal, y púlpitos y cátedras se están usando para mil temas menos para mostrarles el camino de la salvación a los que quieren oír.

Una cosa es ciertísima; el Señor está esperando siempre ser invocado (Sal 34:15), pero con la invocación de un corazón que le ha creído en razón de que un predicador (no un comerciante de la fe), le habló la palabra de verdad (2 Cor 6:7; Ef 1:13; 2 Tim 2:15; Stgo 1:18), entendemos la relevancia de este factor al ver cómo Pablo cita las palabras de Isaías: *¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!* (Rom 10:15; Is 52:7; Rom 10:15).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava